

las hamacas de firmat

ivana romero

editorial municipal de rosario

para Héctor Romero (1941-2017)

*Y si esa plaza te comienza a hablar
si no estuviste qué vas a contar
cuando esos ojos te pregunten por qué
por qué se fueron y si alguien los ve.*

**Coki & the Killer Burritos,
“No”, *Mi parrillada*, 1998.**

Desde su celular crece un rumor. Pasos ahogados en el pasto seco, ladridos, pájaros que huyen de los postes del corral. Le pregunto si pasa algo. Dice que no.

Sigue hablando. Cuenta que una calandria chilla como loca en un árbol cercano. Al fin reconoce que salió a dar una vuelta por unos disparos que venían sonando desde temprano.

—Te mienten, te dicen que solo cazan liebres o perdices. Pero la verdad es que andan dando vueltas a ver si pueden llevarse un cordero, un lechón.

—¿Quiénes mienten?

—Los que cruzan el alambrado. Y eso que hay boyeros —dice mi padre.

Cuando yo nací él ya no era maestro ni dirigente gremial sino encargado de un bar. Parece que abandonó la docencia por un tipo que le hizo la vida im-

posible para sacarlo del escalafón. Mi hermana mayor recuerda que una vez lo apretaron en la terminal de Rosario cuando volvía de una reunión con sus compañeros del gremio docente.

Ahora mi padre tiene más de setenta años y cuida un campo cerca de Arias, un pueblo en el sureste de Córdoba limítrofe con Santa Fe.

No somos de hablar mucho de nosotros. Apenas deslizamos algún asunto personal a través de charlas que pueden ser de política, del clima o anécdotas de poca importancia. Me cuenta si llueve o no, si se escaparon los chanchos, si fue a buscar un libro a la biblioteca pública de Arias.

Lo tiene maravillado Internet pero no se decide a comprar una computadora. Además, probablemente no llegue ninguna conexión hasta el lugar donde vive, alejado de todo. Sin embargo, no necesita Internet para estar informado: escucha radio AM.

Creo que pasa días sin hablar con gente, aunque sigue usando palabras elegantes, de señor con mundo. Por ejemplo, volvió a decirme tesoro. No lo hacía

desde cuando empecé a menstruar, de manera precoz, a los once años.

Entre todos sus oficios, el que más recuerdo es el de panadero. Abrió dos panaderías en Firmat, que al tiempo tuvo que cerrar. De una, la del barrio Carlos Casado, tengo imágenes borrosas porque era chica. Pero sí me acuerdo de la panadería del barrio La Patria. La empezó a construir más o menos cuando cumplí seis años y la cerró en 2002. No sé por qué terminamos hablando de las hamacas que se mueven solas. O que mueve el espíritu de un chico que, según dicen, murió en esa plaza.

Ah, sí, es que salió un artículo nuevo sobre las hamacas en el diario y las radios seguramente comentaron el asunto.

A simple vista, las hamacas parecen normales: tres asientos de caucho sostenidos por cadenas a un barral. Son parte de los juegos de la plaza Manuel Belgrano en el barrio La Patria, al sur del pueblo donde me crié.

Cada tanto las hamacas vuelven a ser noticia. Que

un ingeniero fue a hacer estudios radiestésicos —es decir, mediciones en el piso para detectar radiaciones electromagnéticas—, que un experto registró la velocidad del viento, que unos yanquis están haciendo un programa especial sobre fenómenos paranormales, que los japoneses llegaron con cámaras de alta definición, que los porteños volvieron, que los porteños vuelven cada dos por tres.

—Vos jugabas con el nenito que se murió —dice mi padre.

No sé si habla en serio.

Hago silencio. Lo que acaba de decir es perturbador, descabellado, imposible. Quizás no escuché bien.

—Vos jugabas con el fantasma de la hamaca. Cuando era nenito vivía cerca de la panadería —insiste.

Aunque yo no quiera reconocerlo, suena lógico. A fin de cuentas, pasé varias tardes en el barrio desde que mi padre empezó a levantar la panadería. Es posible que ese chico y yo nos hayamos conocido. Habremos jugado a la pelota, a la escondida, a la mancha. O nos habremos mirado, al menos, sin necesidad de

preguntarnos el nombre.

—¿Es cierto lo de esa muerte?

Mi padre asegura que sí. Lo que pasó fue uno de esos dramas que quedan flotando varios años en el aire, que se murmuran hasta el cansancio y que se reconstruyen hasta transformarlos en otra historia, hasta que se desdibujan. Hay distintas versiones. Pero todas acuerdan en que el accidente ocurrió cuando las primeras familias se mudaron a las flamantes casas con techos amarillos que son características del barrio hasta ahora y que se inauguraron a comienzos de los ochenta, construidas por medio de planes estatales.

—Parece que se golpeó con un caño gigante o que el caño se le vino encima cuando estaba jugando por ahí —dice mi padre.

Supone que estarían construyendo la red de agua potable y los caños habrían quedado en la plaza, que todavía era un terreno baldío. La familia sigue viviendo en el barrio. Pero nunca habló del asunto. Según algunos vecinos, su madre sí habló pero solo para decir que ya demasiado con lo que les pasó para

que encima vengan los periodistas a remover el pasado. En este punto se nos acaban los temas de conversación. Mi padre es capaz de hablar un rato largo de lo mismo pero no sé seguirlo. Cambio de tema como para que la conversación se termine. Le digo que estoy a punto de irme al trabajo.

—¿Estás en tu departamento?

Quiere saber qué veo a través de la ventana.

—Las torres de Puerto Madero —contesto.

Me cuenta que escuchó por radio que en Buenos Aires hay niebla aunque ya es mediodía. Pero si veo las torres desde mi casa, razona, seguro tanta niebla no hay.

Vivo en Buenos Aires. Voy una vez al año a Firmat. O mejor dicho, iba una vez al año. Ahora las visitas son más espaciadas porque mi familia ya no vive ahí. Mis padres se separaron. Mi madre y mi hermana mayor se mudaron a Rosario. Entonces, mi referencia santafesina es esa ciudad, un lugar del que me voy y al que vuelvo de vez en cuando.